

FILMS SELECTOS

de Catalunya



CLAIRE LUCE de la Fox

30
Cts.

AÑO II N.º 16
31 de enero de 1931

EN ESTE NÚMERO

El cine y la moda: Elegancias masculinas. — Haciendo revistas. — Rarezas y caprichos de artistas. — La polémica del cine: opinión de Santiago Rusiñol por Frey Can. — El primer beso, por María Luz Morales, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



FILMS
S
E
L
E
C
T
I
O
N

La joven y bella artista de la Paramount FRANCES DEE, gusta todavía de fantásticos castillos de ensueño, no sabemos si por ellos en sí o por el señor de los mismos.

CONSEJOS DE LAS ARTISTAS

PARA CONSERVAR LA JUVENTUD

ELEANOR Boardmand, la estrella eternamente joven, esposa de King Vidor, ha dado a la publicidad su diario íntimo. En sus páginas encontramos deliciosas ingenuidades y sabrosos consejos para las mujeres que desean conservar el atractivo de su juventud.

«Las mujeres pueden detener el curso del tiempo — dijo en su discurso de postres el día del estreno de «Mamba», su obra maestra—; la mujer puede, fácilmente, a los treinta años de edad dejar de contar diez años sin que se le descubra el engaño. Todo se reduce a llevar activamente sus obligaciones de esposa, madre, ama de casa y estrella. Cuando una mujer, esposa o soltera, no tiene más quehacer que sentarse a la mesa, comer, dormir, no cuidar de sus intereses y fiar el arreglo de sus hijos a los criados, sin leer ni escribir, estrecha su horizonte mental y no hace más que encogerse, arrugarse y envejecer de aburrimiento. Los deberes del matrimonio son un acicate más para la laboriosidad de una mujer de hoy. Los hijos han de tener también el orgullo de que su madre es algo más que la esposa de papá.

Eleanor Boardmand—seguimos anotando del libro de sus intimidades—empezó su carrera como modelo de pintor. Estudió después la decoración de amables interiores. Se dedicó más tarde a la escena. El cine la conquistó y llegó a estrella. Al casarse fué excelente ama de casa, decorando ella misma su palacio. Es madre, pinta, estudia, trabaja..., pero todo lo hace de manera que ninguna de sus ocupaciones la absorbe por completo. El trabajo ha de ser una distracción y para ella ha de ser vario. Saltar de una cosa a otra siempre con la sonrisa en los labios. Variar es descansar.

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
TOMÁS G. LAFITONA



REDACCIÓN
ADMINISTRACIÓN
Diputación 231 EL BORG
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID (sumaria)
EL MODA Y LA MODA
Calle Velázquez 175 MADRID



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Ultramar
Trimestre 3,75
Semestre 7,50
Un año 15,00

América y Portugal
Trimestre 4,75
Semestre 9,50
Un año 19,00



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUFICIENTE
50
CENTIMOS

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 3,75 pts. - Semestre, 7,50 - Año, 15

Nombre

Calle núm.

Población Provincia

Desee subscribirse a **films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Táchese lo que no interese.) A partir del 1.º El importe se le remite por giro postal número impuesto en

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

de

de 193

(Fecha)

Films Selectos sale cada sábado

Terminando en este número el interesante relato *Nuestro viaje alrededor del Mundo* escrito por los admirados y populares artistas cinematográficos Mary Pickford y Douglas Fairbanks, empezaremos en el próximo la publicación del argumento de la graciosa, ultramoderna e imaginaria película Fox titulada

=1980=

(Una fantasía sobre el porvenir)

Ilustrada con gran número de bellísimas fotografías de la misma producción.

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consulta.

DEMANDAS

78. — *Daniel G. Durán* quisiera saber el reparto de la película titulada *El sol de medianoche*. Y el argumento de la película interpretada por Reginald Denny y Laura La Plante. *El traje de etiqueta*, tengo mucho interés en saberlo.

¿Algunos de los simpáticos lectores han visto todas las películas principales de Reginald Denny, Laura La Plante, Rodolfo Valentino, Alice Terry, Ivan Petrovich y Billie Dove? ¿Me podría decir cuál es la mejor película de cada artista?

¿Cuáles son el hombre y la mujer más elegantes y más guapos de la pantalla mundial?

¿Qué ha sido de Mae Murray, la protagonista de *Vida Alegre* con John Gilbert?

¿Quién es la protagonista con Bancroft en la *Ley del Hampa*?

79. — *La pañocho Portbouense* dice:

Espero que los amables lectores de *Vitas Sincretos* podrán contestarme lo siguiente: ¿Cuál es la última película de Ricardito Talmadge? ¿Podrían decirme su dirección? ¿Cuál era la protagonista de *El Club de los Solteros*?

Yo, por mi parte pongo mis pocos conocimientos cinematográficos a la disposición de los lectores de tan hermosa revista.

80. — *Román Madrid* desea le indiquen el reparto de la película *La Máscara de Hierro* tal como está en el film. La letra en inglés y castellano del dúo de Janet Gaynor y Charles Farrell así como la que ella canta sola en la fiesta de la cinta *Un Plato a la Americana* (Sunny Side Up). ¿Quién es el protagonista del *Capitán Blood* y *El Juramento de Lagardère*? ¿Quién es la protagonista de *El Fantasma de la Opera* de la versión muda? Lista de todos los artistas que sean ingleses de pura cepa y a las casas productoras que pertenecen. Desearía me dieran una breve biografía del protagonista del *Capitán Blood* y otras películas en que toma parte.

COQUETERÍA

de Catalunya

Hay una coquetería peligrosa y otra que es una virtud. Esta última es la que la Condesa Drillard enseña en los consejos, recetas y datos de su aristocrática obra

Para ser elegante - Para ser bella

Remita cuatro pesetas a la Administración de

El Hogar y la Moda
Diputación, 211, Barcelona
Valverde, 30 y 32, Madrid

y la recibirá sin otro gasto a vuelta de correo.

81. — *Un admirador de los talkies* quisiera saber las canciones de la película de la «Fox» *El pecado de un beso* y muy especialmente la que canta Mojica al empezar la película. Advierto que sólo quisiera saber la letra de las mismas. También quisiera saber cuál es la protagonista de *Hombres de Hierro*. Mil gracias anticipadas.

82. — Dice *Una muchacha de ahora*:
¿Cuáles han sido las últimas películas filmadas por el simpatiquísimo Charles Rogers?

¿Se sabe algo referente a algún amor de Charles? ¿Habría algún amable lector o lectora que me indicase cuáles son los deportes favoritos de Buddy y el nombre de su perro?

Desearía saber la opinión que tiene el *Caballero Casanova* de Charles Rogers, me ha resultado usted muy simpático y también creo que es mejor el cine sonoro que el mudo.

83. — Tres preguntas de *El Caballero Pirata*:

1.ª ¿Podrían proporcionarme las direcciones particulares de Clara Bow, Bebé Daniels, Billie Dove y Amy Ondra?

2.ª ¿Es soltera Joan Crawford? ¿Qué dirección particular tiene?

3.ª ¿Podrían proporcionarme la letra de las principales canciones de *El desfile del Amor* en el idioma que las cantan en dicha película?

84. — *Dos admiradoras de Chevalier* desearían les contestaran a lo siguiente: En qué año nació Chevalier, cuál fue su última película sonora y el nombre de su compañera.

CONTESTACIONES

54. — *Ella* contesta a las siguientes demandas:

A *J. M. R. Amigo*, le recomiendo un libro, en el cual podrá usted encontrar toda la interesante vida de la eximia artista sueca *Vida de Greta Garbo* de César M. Arconada. Actualmente no tiene novio.

A *El Corriente Della Sera*: Las cintas en ténicolor se obtienen por medio de unos filtros especiales, en que cada uno de ellos corresponde a los diferentes vibraciones que producen los colores. Valiéndose de estos filtros de luz, es como se logra se-

parar los colores en la película matriz, donde se va impresionando alternativamente en la película que se va a exhibir. Lo de los sueldos, habrá usted leído en esta revista, la declaración sobre los sueldos de los artistas. El verdadero aficionado debe seguir la nueva modalidad, puesto que los «stalkies» tienden a dar mayor emoción, que en las películas mudas. Las grandes productoras no harán películas mudas, se lo aseguro.

A *Uno de tantos*: María Casquiana («Paramount Public Studios», Hollywood, California; Carmen Boni) es italiana.

A *Jimmy Navarro*: Director de *La canción del costazo*, A. G. Asagoroff; de *Una aventura en China*, Charles F. Reisner.

55. — *Augustus, Rafael Izquierdo, Clarita* y *Un chico sin importancia*.

Este último se ofrece a todos estos señores por si desean más detalles de estas o de otras preguntas dirigiéndose a la casa Boix Hermanos, Apartado 66, Melilla.

56. — *El Caballero Samuel* ha contestado a *Ana Karenina*, que no publicamos por haberse ya contestado esta demanda. *El Capitán Panfarrón*, *D. Silencio* y *El médico de los ojos rasgados* y *Arabella*, *Román Miravalles Badles* también han contestado a *Marlita de los ojos grises*, *Una Greta Catalana*, *Nils O'Hara*, *Una enamorada de Nils Asther* y *John Lagostera*, que no publicamos por la misma causa.

57. — *Cal-Isto, Clarita* y *Pe-pito-Flauha* contestan a E. P. C. sobre el asunto *Chevalier* cuyos datos son estos:

Su presentación a Barcelona se debe a la temporada 1920-21 con la revista *Oh... La Remue*; en esta temporada cobró 800 pesetas cada día.

Su segunda actuación se debe al año 1923 en el teatro Eldorado no sé con qué revista, cobró 1000 pesetas diarias.

Y su última actuación fue con la revista *Chorizuel* en el teatro Nuevo, sólo trabajó diez días y cobró 2000 pesetas diarias.

En esta última actuación contaba treinta y ocho años.

Por muchos años.

58. — *Un chico sin importancia* manda las siguientes contestaciones:

Para *Juan Lagostera*: La pareja Colman-Banky interpretó *Venganza gitana*, *Dos amantes*, *La hija del desierto*, *La dama náyadea*.

Para *El caballero del desprecio*: La dirección de Dolores del Río es United Artists Studios; 1041 No Formosa Avenue, Hollywood; California E. U. A. El franqueo de correo para América es de 0'25 peseta.

59. — *18 abril* contesta a *Ablee Narow*: Con mucho gusto me ofrezco para lo que usted pide, sintiendo no poder complacerla, pues yo soy española.

Mi dirección es: Matilde de Gal y Vara Dolores, 13, 3.ª, Ferrol.

Puede usted escribirme cuando guste.

A los que nos piden direcciones de estrellas, les suplicamos vean las listas que publicamos en los números de la revista.

Santiago Rusiñol

por FRAY CAN

—¿A usted le gusta el cine, don Santiago?

El glorioso autor de «El pueblo gris» se aplica la mano a la oreja izquierda y nos dice:

—Perdón... No he oído bien..., oigo muy poco. Del derecho no he oído apenas nunca, y del izquierdo oigo menos cada día.

Y sonríe. Sonrisa clara, sonrisa franca y limpia la del poeta de «El místico». Tan franca como la confesión de su sordera. Porque ya sabéis que lo más frecuente es que los sordos se empeñen en decir que ogen muy bien. Rusiñol es un sordo excepcional. Parece no amargarle su defecto auditivo, porque no hay en el rictus de sus labios la línea de amargura que puso la sordera en Beethoven. Verdad es que para Rusiñol, pintor y escritor, no puede ser la sordera lo que para un músico...

Lo cierto es que don Santiago no le concede importancia a la suya.

—¿Cómo decía usted? — reitera sin el menor disimulo.

—Decía, don Santiago, que si va usted al cine, que si le gusta a usted.

—Sí que voy al cine. Cuando estoy en Barcelona no voy mucho. Tengo mi tertulia en el teatro, en el café... Pero cuando estoy en algún pueblo, casi siempre voy al cine por las noches... donde lo hay, naturalmente. Ahora, en Aranjuez, no he dejado de ir a ver todas las películas que han estrenado allí. Bueno, con esto me sucede una cosa, y es que el público de Aranjuez me divierte casi más que las películas.

—Cuente usted, don Santiago.

—Es un público delicioso. Se entusiasma con el personaje simpático y silba e increpa al malvado de la película. Aplauda como loco cuando en los melodramas triunfan los buenos y sufren los malos su justo castigo. ¡Unas ovaciones que no sé cómo no las ojen en Hollywood!

Rusiñol, rie y da una chapada a su pipa. Estamos en el saloncillo de un teatro madrileño. El gran pintor y dramaturgo catalán acaba de llegar de Aranjuez, en cuyos jardines atesora con sus pinceles las últimas sinfonías del otoño. Cenó tranquilamente con su mujer — esta dulce y comprensiva compañera del artista — y acordaron a los postres: «—¿Te parece que vayamos a dar una vuelta por Madrid? — Como quieras. —»

Se metieron en el automóvil, y aquí están. Dentro de una hora o dos, o tres, porque don Santiago nunca tiene prisa, se meterán de nuevo en el automóvil, y se irán a dormir a Aranjuez. ¿A dormir? Muy pronto lo hemos dicho. El poeta me informa.

—Ahora, cuando llego a Aranjuez, me están esperando en el café unos amigos. El café ya está cerrado; pero nosotros nos quedamos dentro. Somos un grupo de traspasadores, entre ellos el propio dueño del café, al que le gusta acostarse al amanecer.

¡Sosegada vida pueblerina de Aranjuez! ¡Ha llegado un artista a poner su penacho bohemio en tu cotidianismo, en tu aburrimiento!



*En mis buenos amigos de «Voz Selecta».
Recuerdo afectuoso de
Santiago Rusiñol*

—Y el cine parlante, ¿qué le parece a usted, don Santiago?

—Muy bien. Sobre todo, para los pueblos pequeños. El cine parlante viene a ser lo que la litografía a la pintura. Quien no puede tener un Velázquez auténtico, tiene una copia o un buen cromó que se lo recuerde. Así, por ejemplo, quien no pueda presenciar una representación de «Carmen», por Flota, en el teatro de una gran ciudad, podrá, gracias al cine sonoro, consolarse presenciando por poco dinero esa misma representación de «Carmen» recogida por el micrófono y la película.

—Veo que tiene usted una idea muy concreta sobre las posibilidades del cine parlante.

—Claro está — añade Rusiñol, siguiendo su anterior razonamiento — que no

es la misma emoción. Hay una emoción en el teatro que no puede dar el cine, del mismo modo que el cine, por los medios de que dispone, su escenario limitado entre otras cosas, puede dar emociones que le están vedadas al teatro.

—Dígame usted, don Santiago... —
Toda nuestra atención está pendiente, más que nunca, de las palabras del dramaturgo. La pugna entre el cine y el teatro ha sido demasiado evidente para que no nos interesen las opiniones de un maestro del arte teatral acerca del arte cinematográfico. Y más ahora en que, gracias al cine parlante, teatro y cine han venido a confundirse casi en un mismo arte.

—Siempre habrá una diferencia entre el cine y el teatro — opina don

(Continúa en la página 22)



* *Conchita Montenegro no quiere a los hombres con dinero*

Por la carretera pasan, veloces, los autos. Yo los sigo con el mio, pequeñito, a la medida, como el calzado. La mayoría de los ocupantes de los vehículos son artistas de cine, que terminan sus trabajos y van a sus domicilios en busca del descanso. Dedicados, por completo, a la vida atlética, viven en las afueras de la población, en esas lindas casas pequeñas, a la americana, o en esos grandes palacios, también a la americana.

Tengo la tarde libre, y la dedico a la inspección, para preparar algún reportaje interesante para los lectores, ahitos siempre de saber cómo viven sus artistas predilectos.

Después de correr unos kilómetros, pongo en «segunda» mi «cacharro». Al borde de la carretera, voy descubriendo unas «torres» interesantes. Voy admirándolo todo, y documentándome, porque en las verjas de algunas de ellas hay una inscripción delatora de la persona que habita el inmueble. Las casas pequeñas, que a veces hay entre los palacios, no desmerecen de éstos. Son coquetonas, de frágil arquitectura y de un depurado gusto de línea. A la puerta de una de estas casas de muñecas, veo un rostro conocido: Conchita Montenegro. Freno, y me decido a estropearle el descanso.

A mi llamada, acude, solicita, la nueva artista del cine sonoro de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Hecho el saludo y mi presentación, me acoge con hospitalidad de compatriota. El que le hable español, le regocija, porque hace unos días que no puede hablar en nuestro idioma con nadie. Según me explica, después de unos días de labor intensa en la producción de películas parlantes, lleva una semana entregada al descanso absoluto. Cuando trabaja, no nota tacto que está en país extranjero por actuar con españoles y sudamericanos.

El interior de la casa de Conchita Montenegro no tiene nada de noroccidental. Está decorado con exquisito gusto y ambientado en el arte andaluz. La cámara turca está revestida con unos mantonos de Manila; un patio, prodiga los azulejos de colorines que son versos desgajados de una estrofa andaluza; en otra habitación, una guitarra colgada y unos cristales. En todo hay ensueño, voluptuosidad, garbo, gentileza, misterio y amor.

Nos sentamos.

La nostalgia del ambiente, nos hace hablar de lo nuestro, y hacer comparaciones. La charla es interesante, sobre todo oyendo la voz cantarina de Conchita, que con gran simpatía nos envuelve en su conversación graciosa, salpicada de rasgos ingeniosos. Pondera las cosas de Hollywood, con esa fina gracia andaluza que exagera los conceptos, los agranda, pero con una frase rotunda, contundente.

Conchita Montenegro no me deja hablar. Tengo que adoptar la determina-



ción de dejarla que se canse, para empezar go. Con paciencia, lo consigo.

—Oigame, Conchita, ¿cuando nació?

—Aproximadamente cuando usted.

—¡Entonces es usted una chavalilla!

—¡Qué duda cabe!

—¿Cuándo empezó a trabajar? — inquiero.

—Si a esto de bailar le llama usted trabajo, desde que era chiquitilla.

—Es trabajar en arte. Este, sin el esfuerzo, no se produce — le aclaro.

—Para mí no es trabajo, es un placer. Comencé a bailar en la academia que tenía en Sevilla el maestro Otero, ese viejo que injerta garbo y gracia en la juventud. Allí aprendí, y con él hice una excursión por Inglaterra y Francia, y, en vista del éxito del



Conchita Montenegro luce en esta fotografía una rica chaqueta de piel de leopardo. A la izquierda presenta un lujoso deshabillé de encaje respóndez y crepón seda. 17

baile español, nos determinamos a venir a Nueva York, recorriendo casi todos los Estados Unidos. Con la vuelta del maestro a España nos diseminamos. Unas se fueron para allá y otras se quedaron por acá.

—¿Conocerá usted a María Montero?

—¡Ya lo creo! ¡Pobrecilla! — gime —. ¡Tan buena y tan guapa, y asesinada por un sinvergüenza!

—¿Por qué la mató?

—Por lo que matan los hombres a las mujeres buenas: porque sí. No había razón. María no tenía más defecto que tener corazón.

—¡El gran defecto de nuestra época!... — le advierto.

—Hablemos de otra cosa, ¿quiere? — dice Conchita, contrariada por el giro de la conversación.

—Cuénteme la vida que hace — le pido.

(Continúa en la página 17)

FILMS SELECTOS

POR QUÉ NO SE CORTA EL PELO JEANNETTE LOFF

LA moda es tan intransigente, que no deja a nadie libre de sus furibundos mandatos, a veces, caprichos absurdos. La mujer es propicia a todas las veleidades de la moda. Después de muchos años de lucha para lograr la estética y cómoda falda corta, ahora, el poco ingenio de los modistos, la vuelve a la antihigiénica falda hasta los talones, que se ponen las hijas de Eva, sin el menor pretexto.

«Es la moda», dicen para justificar el mal gusto de volver a enfundar las piernas, que al aire, daban un alroso porte a la mujer moderna. Además, con el pelo corto, la falda larga les da un aspecto de imitador de «estrellas» después de quitarse la peluca para recibir los aplausos por su labor.

Bien está la mujer con las mejoras de restauración artística que le ha dado el siglo XX, y, para desmentir al filósofo, debería demostrar que tiene ideas de lo que fué y de lo que es en la actualidad.

A colación viene esto, porque, hoy, nos ha dado hora para una entrevista Jeannette Loff; una muchacha moderna que no se ha cortado el pelo. Inverosímil es, pero cierto; Miss Loff, luce una abundante cabellera rubia.

Esta artista, que no está sujeta a antiguos prejuicios, practica la moda en todos sus conceptos, menos en este del pelo. Es moderna en su elegancia, en su vida atlética, en sus gustos... Y, sin embargo, no lleva el pelo a lo *garçonne*. Dato extraño para enfocar en la entrevista el asunto, y saber su opinión.

La espero, a la salida de los estudios de la Universal, subimos en su coche, que devora kilómetros para llegar a su garage. La destreza de ella, le hace buscar el obstáculo para vencerlo. Pero a mí, la verdad, no me hace gracia, porque vamos de peligro en peligro.

Me dan ganas de advertírsele, y de hacerle saber que estoy convencido de su pericli, para que no me atormente en los virajes y en pasar por entre otros vehículos por un sitio exiguo. La galantería me lo priva. Además, creería que era miedo... y acertaría.

Llegamos. Salta a tierra, y la sigo. Sube al piso con una rapidéz arrolladora, y yo detrás.



Jeannette Loff en una escena de «El Rey del Jazz»

Esta muchacha vive demasiado aprisa. Mientras descanso en una butaquita de una linda habitación de la vivienda de Jeannette Loff, ella pide a la doncella el servicio de té, que prepara la encantadora artista, mientras deglute algunos emparedados.

— ¿Por qué no se ha cortado usted el pelo? — le pregunto para iniciar la charla.
— Creo que el cabello es una belleza indispensable en la mujer. De los adelantados modernos, me parece a mí que todos están bien menos este. Una cabeza pelada de mujer, da aspecto de masculinidad, y yo soy muy femenina.

— Sin embargo, las exigencias de la moda... — le digo.

Me ataja, rápida:

— La moda puede exigir cuanto es razonable. Sacrificios, no.

— ¿Lleva mucho tiempo trabajando en el cine?

— Desde el año 1926. Pero he trabajado poco; tan sólo he filmado «La cabaña del tío Tom», «Los colegiales» y «El rey del jazz».

— En España decimos que más vale poco y bueno que mucho y malo.

— Gracias por la clasificación que hace de mi trabajo.

— No lo hago por galantería, Miss Loff; he visto sus filmaciones y sinceramente, me han gustado.

— Agradecida.

— ¿Dónde nació?

— En Orofino, pueblo situado en la región montañosa de Idaho, gran centro

maderero. Mi padre era un excelente violinista, que alternaba su romanticismo con el prosaismo del comercio. Mis padres eran daneses. Del autor de mis días he heredado la afición a la música y el espíritu sentimental; el comercial, se quedó en él.

Comemos unas pastas y, tras un sorbo de té, prosigue su relación Jeannette Loff:

— Tendría yo siete u ocho años cuando nos trasladamos a Wadena, pequeña ciudad de la provincia de Saskatchewan, del Canadá. Allí me educué, estudiando música y aficionándome a los deportes.

— ¿Cuáles de éstos son sus predilectos?

— Natación, equitación, patín y skí.

Tras una pausa me dice:

— Estuve de pianista en un cine un año entero.

— Soñando con ser estrella, ¿no?

— Ni pensaba en ello. Mi afición se inclinaba al pentagrama. Tanto es así, que me marché a Portland, y en el conservatorio Ellison y White terminé mi educación musical, dedicándome, con preferencia, al órgano de iglesia. También estudié canto. El año 1926, llegué a Los Angeles, y, por consejo de algunas amistades, probé fortuna en el arte cinematográfico.

— ¿Halló trabajo con facilidad?

— No lo crea; me costó gastar muchas influencias para conseguir hacer papeles sin importancia. Y, luego, con gran facilidad me contrataron de «estrella».

— ¿Cómo fué?

— En una reunión de amigos, unas muchachas me pidieron que cantara, y lo hice. Al día siguiente me ofrecieron un contrato por cinco años: en la fiesta estaban Carl Laemmle hijo, John Murray Anderson y Paul Whitternan, de la Universal.

— Comprendido. ¿Una anécdota?

— Le aseguro que no tengo nada interesante para contarle.

— ¡Qué lástima!

Terminamos la entrevista, y nos preparamos para terminar una bandeja de pastas.

¡El romanticismo nos costará la vida!

Hollywood

MARIO PALERMO

JEANNETTE LOFF

direttore L'Espresso

Fiumoleca

de Catalunya





NUEVO RETRATO DE GRETA GARBO

la genial artista sueca que por primera vez habla
 en la pantalla sonora en la producción M.-G.-M.
 «Romance», mostrándose en ella tan actriz
 y tan personal como en el cine mudo.

EL CINE Y LA MODA

ELEGANCIAS
MASCULINAS



CHARLES ROGERS de
la Paramount con un mo-
derno abrigo de diario.

HUMPHREY BOGART
de la Fox a la salida
de una fiesta de etiqueta.



HACIENDO

REVISTAS



No es pesado y aburrido el trabajo de hacer revistas según se pueda ver por las fotografías de esta página, pues en la parte superior vemos un grupo de muchachas que antes de hacer invaden alegrementel el automóvil que lleva aparato metrotone. Junto a ellas se ve otro grupo en hay menor algarazara, pero quizá no sea menor el onto pues los muchachas se banean gozosamente al "met d'amour" con que las obsequió en un rato de dentro su profesor Samm Lee. Tampoco debe de ser irredible el ensayo cuya fotografía damos en el lado por lo menos no es desagradable para Gus Edson, impresario norteamericano de comedias musicales que quienes le acompañan son Bessie Love, Hazel Vess, Fay Webb, Ruth Hally, Dolores Brinkman, May Moran y Blanche La Clair. Claro está que después de estos momentos de expansión vienen los momentos de trabajo bastante pesados no sólo por lo que hay que hacer sino por lo que hay que repetir para lograr originales y ballos conjuntos como los de las películas "La canción de la estepa" cuya fotografía damos a la izquierda y "Madama Satán" cuya fotografía damos a la derecha. Fotos M.-G.-M. que reproducimos a la fecha.

RAREZAS Y CAPRICHOS DE ARTISTAS

Filmoteca



Menos agradable y lógica parece la elección de SALLY STARR, aunque tiene varias calificaciones de primera que son grandes fortalezas en su ejecución.



DOROTHY JANIS de la M.G.-M. tiene el capricho de jugar con un mono que sabe hacerla patinar, pero que a nosotros se nos antoja muy tan complicado.



En cambio, ANITA PAGE pasó un representante de los animales más raros al cual se ve a estas horas está cosido ya en sus brazos embutido.

EL PRIMER BESO

por MARÍA LUZ MORALES

¡CUIDADO! No se trata del último capítulo de una novela blanca... ni del primero de una novela pasional. Este beso es un beso artístico y genérico. Por añadidura, histórico. Y esencialmente cinematográfico. Aunque en la breve — pero ya curiosa — historia del cine, tiene, ciertamente, un a modo de significado nupcial.

¡El beso en el cine! Casi todo el cine. Por lo menos, un elemento que, a juzgar por lo usado y repetido en todas las cinematografías de todas las épocas, debe de contener incalculable materia fotogénica... ¡El beso en el cine! El cándido final de las puras cintas de Mary Pickford o Margarita Clark. La complejidad pasional de Bárbara La Marr o Francesca Bertini. El apoteosis sentimental en las cintas de vaqueros del lejano Oeste (¡oh el Far, Very Far, West!). La clave de la intriga en las producciones de salón. El triunfo artístico y varonil de Valentino... auténtica sombra de Don Juan. La abyección de Jamnins («El destino de la carne», «Varieté»). La gloria de Greta Garbo. La dicha de Nagel, de Gilbert. Lo soñado, lo perseguido, lo jamás logrado por esos parias de la vida y del amor que son — en la pantalla; sólo en la pantalla — los Chaplin y los Keaton...

¡El beso en el cine! Toda la historia del cine puede seguirse a través de unos cuantos besos famosos en cintas famosas. ¡El beso en el cine! Si se hace un poco de memoria, no resulta difícil advertir que el cine ha sido quien, sacando al beso del estrecho límite de la deliciosa intimidad en que vivía, y que le es propia, lo ha lanzado, de un modo más o menos artístico, a la exhibición ante el gran público, ante todo el público...

Recuérdese que antes, en el teatro, el beso no tuvo sino un papel raro y fugaz. En todo el teatro romántico, encendido hasta el rojo vivo de amorosa pasión, no hay un solo beso. En el repertorio de esa crónica del perfecto seductor que el «Don Juan», en sus diversas y múltiples versiones, no figura, ni en calidad de comparsa, Misesor Elbeso. Tenorio rapta, seduce, conquista a doña Inés, mas en el supremo instante de rendir la plaza — ¿la escena del sofá? — no besa a la enamorada novicia.

Cyrano de Bergerac nos ofrece toda una larga y bella escena del beso; delicada y sonora tirada de versos, que conmueven a Roxana y encantan al auditorio... mas, a éste, sólo llega ese poético preliminar; el beso real no es cosa del inspirado Cyrano, sino del vulgar y obscuro Cristián, que nos lo escamotea entre la fronda del balcón... Fué el cine, en fin — repetimos —, el cine, a quien corresponde la gloria de haber elevado el beso a elemento de arte.

La razón es obvia. No fué capricho, ni aun menos — ¡oh, no! — sensual complacencia. Fué necesidad absoluta, resuelta con argucia ingeniosa. Porque para la escena amorosa — eje inevitable de toda producción novelesca, dramática, espectacular — le falta, precisamente, la tirada de versos, la romanza, el madrigal, la encendida palabra, el cine —



LLOYD HUGHES Y JANE DALY EN LA PELÍCULA DE LA M. G. M. «LA ISLA MISTERIOSA»

aquel viejo cine que hizo del silencio un culto — busca substituir todo eso con algo que, en la pasión, sea también poesía.

¿Pero ¿y la historia del cine? ¿Y aquel «primer beso»?... Aclaremos.

Se trata de la historia del cine norteamericano, que sigue, en prolongada línea paralela, a la historia del cine francés. Este «primer beso» — repetiremos — viene directamente de Manhattan. Y, desde allí, invade el mundo. Digamos cómo fué. Pero primero situémoslos.

En su laboratorio, Tomás Alva Edison, el mago, estudia, planea... Utiliza elementos empleados por los franceses, en saga otros nuevos. Después de mil esfuerzos, que arrancan de 1889, en 1892 Edison se prepara a presentar en la Exposición de Chicago su invento. La proyección sobre pantalla es todavía un vago sueño: El aparato que mostraba las películas consistía en una caja alta, como una gruesa columna, a dentro de la cual el espectador miraba por un agujero. Así colocado, veía sobre una especie de plancha de cristal el rico espectáculo de una joven bailando la danza serpentina o un joven gesticulando con vivacidad.

Pero el invento de Edison, por un retraso de fabricación, no pudo presentarse a tiempo. Otro inventor rival, un tal Aehnitz, cuyo nombre no lo pasado a la historia, aprovechó la ocasión para instalar en el certamen su «Tachyscopio». El aparato era, asimismo, una columna a cuya lente o agujero debía apli-

carse el ojo del espectador. «El astro de aquella proyección — nos dice una crónica de la época — era un elefante que caminaba, majestuoso, por el diminuto campo de visión, moviendo la trompa...»

Dos años después, en 1894, la Compañía Edison sacó al mercado su invento. Se dejaba caer una moneda dentro de la alta caja; se aplicaba el ojo a la abertura negra, y un cuadro no mayor que la página de un libro mostraba la imagen animada. ¿Temas? Dos muchachos bailaban la inevitable danza serpentina. Un chico travieso sacudía un bote de pimienta ante el escritorio de un hombre que estornudaba como si fuera de veras. Al final de aquel año se abrieron al público los primeros Salones Edison.

Mientras, en Europa, los Lumière perfeccionan el aparato proyector y presentan la gran novedad de la pantalla. En América ya los teatros de variedades y los music-halls terminaban sus programas con una leve presentación de «vitascopios». Ya una escena callejera... Ya la llegada de un tren... Las olas rompiendo contra los acantilados de Dover; una revista de la policía montada de Nueva York... Pero Lumière va más lejos, y, simultáneamente, en los teatros de Londres presenta la cómica escena de un hombre regando con una manguera su jardín y un chiquillo travieso que le hace la jugarreta de dispararla a la cara del hombre.

(Continúa en la pág. 22)



La Carta

PELÍCULA PARAMOUNT

Protagonistas: Carmen Lirio y Cello Rodríguez de la Vega

Leslie Bennett y su esposo Phillip viven en una casita de campo situada en una plantación de goma de las cercanías de Singapore. La vida entre ellos se desliza sin dificultades, pero en medio de una frialdad absoluta, pues no se trata de un matrimonio de amor, sino de conveniencia.

Una tarde, Phillip se dirige a la ciudad por asuntos de negocio, y Leslie aprovecha esta ocasión para enviar una carta de llamada a George Nelson, joven apuesto de vida azarosa, que tiene cerca su casa y sus propiedades. La llegada de la misiva interrumpe una escena amorosa entre Nelson y su última «víctima», una linda chinita llamada Li-Ti.

Nelson acude a la llamada y entre él y Leslie se desarrolla una violenta escena que termina trágicamente, pues la dama dispara su revólver contra Nelson, matándolo.



Leslie declara ante la justicia que Nelson se presentó inopinadamente en su casa y que le hizo proposiciones inadmisibles para el honor de una mujer. Trató ella de arrojarle de casa, pero Nelson

trató entonces de obtener por la fuerza lo que no había conseguido de buen grado, viéndose ella en el caso de disparar su revólver en defensa propia.



El Tribunal la cree y parece dispuesto a absolverla. Sin embargo, Li-Ti posee una carta que puede demostrar la falsedad de tales declaraciones, y el abogado defensor de la acusada y amigo

intimo de Phillip, logra recuperarla por el precio de diez mil dólares, desembolso que le deja en la ruina.

Cuando Leslie es absuelta, Phillip, en presencia de su esposa, exige al aboga-

do le presente la factura y él pide los diez mil dólares que le ha costado la carta. La cantidad parece a Phillip demasiado crecida para un pleito tan fácil, y entonces el abogado ha de confesar que ese dinero le ha costado la adquisición de una carta que era preciso rescatar. Exige Phillip explicaciones y el abogado le entrega la carta que acusa a Leslie de infidelidad conyugal.

Phillip queda abrumado por la revelación tremenda, pero Leslie le hace ver que él la aceptó por esposa sin exigirle que la amara. Confiesa que amaba a Nelson desde antes de unirse a Phillip y que le siguió amando durante los diez años que llevaba de casada.

Al enterarse de que Nelson la había abandonado por Li-Ti, los celos la cegaron y envió al amado aquella carta con el decidido propósito de vengarse de su traición. Y así lo hizo.

Y entonces sucede lo inesperado, pero lógico. Phillip, que ha amado siempre a una mujer que no le ha correspondido, declara que la sigue queriendo a pesar de todo y el matrimonio vuelve a ser lo que fué siempre, un matrimonio de conveniencia, sin el calor del cariño mutuo.



HA PASADO MEDIO SIGLO

POR si alguien no se ha dado cuenta de lo que ha cambiado la mujer en los últimos cincuenta años, estas dos encantadoras artistas de la Metro, nos presentan la transformación con una deliciosa mezcla de gracia y realismo. Ni que decir tiene que la gracia está en Lella Hyams, que es la de la izquierda, y el realismo en las «inferioridades» coquetamente cruzadas de Dorothea Sebastián, que es la de la derecha.

El tocador tiene una relación tan estrecha con la mujer, que es casi un símbolo de ella. Cualquiera de ustedes, caballeros lectores, conocería a una mujer con sólo conocer su tocador. ¿Verdad? Lo que sucede es que lo último que suele conocer un hombre, de una mujer, es el tocador. El talento de estas dos jóvenes artistas ha sabido captar ese detalle y, al proponerse representar a dos mujeres separadas por el último y revolucionario medio-siglo, no se han contentado con vestir cada una el traje de su

época, sino que se han sentado ante el tocador correspondiente. No queremos preguntar a los lectores por qué parte de la «foto» votarian. En el lado derecho hay elementos que atentan contra la imparcialidad masculina. Por eso nos limitamos a pedir el parecer de las lectoras. Pero tampoco. ¿Para qué, si adivinamos la respuesta? A la izquierda un quinqué de llama amarilla y maloliente, a la derecha una primorosa lamparilla eléctrica. La elección no es dudosa. A la izquierda un vestido bajo el cual se presiente el retajo; a la derecha un vestido fino, gracioso y leve, bajo el cual queda demostrado que no hay nada de punto inglés ni de bayeta. Tampoco dudaréis en la elección. A la izquierda una borla y una caja de polvos por todo elemento de belleza; a la derecha, varios cajoncillos donde se encierran todos los secretos de la belleza y de la juventud. Elegida la derecha por unanimidad.

Y, como también adivinamos lo que piensan los lectores, reciban las lectoras su felicitación.

EL PARAISO FLOTANTE

Comedia musical, con escenas en colores
dirigida por Luther Reed e interpretada
por Jack O'bie y Pelly Walker

Cuando la marina americana regresa de un largo viaje alrededor del mundo, todos los tripulantes de los barcos se reúnen en el Café de Lulú, donde Lavinia, una negra, les sirve churros.

Lulú enseña a la señora Payne su collar de diamantes, que vale una fortuna. La señora Payne quiere comprárselo, pero Lulú se niega a venderlo...

Bilge Smith entra en el café con el antiguo novio de Lavinia y se enamora, apenas la ve, de Lulú. Y ella también se enamora de él. Bilge relata su vida a Lulú y le dice que aspira a comprarse un barco de carga para trabajar por su cuenta y no depender de nadie. Lulú le invita a comer, pero los amigos se lo llevan y se marcha sin despedirse de ella...

Lulú vende, por fin, el collar a la señora Payne, y cuando los marinos regresan de un nuevo viaje encuentran el Café de Lulú muy cambiado. Lulú ve a Bilge entre los marinos y cuenta sus penas a la señora Payne, quien induce al almirante a que dé una fiesta en uno de los barcos de la escuadra a fin de que Lulú encuentre a quien quiere.

La fiesta es fastuosísima. Hermosas mujeres divierten a los marinos, y Lulú, que hace los honores, no piensa en otra cosa que en encontrar a Bilge. Éste llega cuando la fiesta está ya terminándose. Hablan de su primer encuentro. Bilge confiesa a Lulú que la ama, y le propone casarse. Lulú se muestra conforme y le dice que con su dinero le comprará el buque de carga con que sueña. Pero cuando Bilge se entera de que Lulú es rica rompe sus relaciones con ella y se marcha...

Cuando los marinos regresan por tercera vez, Lulú se entera de que han despedido a Bilge, apartándole del servicio en Buenos Aires. Lulú, que le esperaba, había fingido no tener dinero ya poniendo de nuevo el café como antiguamente...

Y por fin aparece Bilge en el establecimiento. Llega sucio y mal vestido. Habiendo llegado a sus oídos que Lulú se ha quedado pobre nuevamente, ha hecho el viaje en un buque carbonero por verla. Bilge viene a proponer a Lulú otra vez que se case con él. Se lo propone y ella acepta, naturalmente, pues no desea otra cosa. Y en tan preciso momento entra Lavinia cargada de elegantes vestidos para Lulú. Bilge le pregunta cómo le es posible comprar todo aquello si no tiene dinero, a lo que ella le contesta que su dinero está guardado para su primer hijo... en caso de que el niño, o la niña, sea hijo de Bilge Smith...



(Continuación de la página 5.)

Santiago —. Verbigracia: estamos oyendo cantar a un gran tenor, y muestra emoción participa tanto del placer artístico que esto supone como del temor de que se quiebre la voz en aquella garganta maravillosa. Esa emoción le está negada al cine. Ocurre como con las corridas de toros vistas en película... Falta la emoción de la posibilidad de una cornada. Repito que, en cambio, el cine dispone de otros recursos que no tiene el teatro, por lo cual creo que entre los dos artes siempre existirán claras diferenciaciones, y que al fin cada cual vivirá de sus propios elementos.

Allá se va Rusiñol de vuelta a Aranjuez. Se acostará con el alba; despertará a la hora de almorzar, a eso de la una y media de la tarde. Y después se irá a los parques dorados del otoño, abrirá su caja de colores y se pondrá a soñar despierto mientras los pinceles van cantando sobre el lienzo la armonía de su espíritu fundido con el paisaje.

FRAY CAN

Conchita Montenegro no quiere a los hombres con dinero

(Continuación de la página 7.)

- ¡Una vida espléndida! ¡A ver qué vida!...
- Defálmeme.
- Madrugo, que no lo había hecho nunca, y me acuesto a las ocho.
- Y durante el día, ¿qué hace?
- Trabajar en los estudios de la Metro y regresar a casa.
- ¡Poca cosa!
- Pasamos allá todo el día, ensayando o filmando, y para descansar, ejercitamos deportes. Y así todo el día.
- ¿Aprende usted el inglés?
- Lo hablo algo, pero poco.
- ¿Cómo prefiere usted a los hombres?—
- Conchita contesta, rápida:
- ¡Sin dinero!
- ¿Es usted romántica?
- No; nada de eso. Es que el tintineo de la moneda me suena a grosería. Habiendo Bancos, que la dejen en ellos.
- Es más práctico.
- Y menos pasado.

- ¿Qué novelista español prefiere?
- El que escriba mejor.
- Le voy haciendo a Conchita Montenegro estas preguntas para darle rienda suelta a su ingenio, atalaya
- Prosigo:
- ¿Le gusta el boxeo?
- Es una cosa ilógica. Por ver pelear a dos hombres se pagan precios fabulosos, y cuando se pelean dos en la calle, todo el mundo se apresura a separarlos, cuando pueden verlos sin pagar.
- Es un razonamiento. ¿Qué estación prefiere?
- La de llegada; porque ya, cuando termino un viaje, me acuesto a descansar.
- ¿Le gusta la arquitectura neoyorkina?
- Rotundamente tengo que decirle que no. El clima de altura no me va bien.
- Y el movimiento de la población, ¿le gusta?
- Me encanta más el movimiento del baile.—
- Póngome en pie, para despedirme, y Conchita, me imita. Su figura alta y esbelta me acompaña hasta la puerta. Y sus ojos, grandes y negros, misteriosos e inquietos, me siguen para darme un último adlós afectuoso.

MARIO PEREZ
HOLLYWOOD

El deseo de todo aficionado al Cine



es poseer las fotografías de todos los Artistas Cinematográficos conocidos. Vd. puede fácil y económicamente coleccionarlos comprando semanalmente "LAS ESTRELLAS DEL CINE"

8 ARTISTICAS POSTALES 30 CTS.

En cada colección regalamos un suplemento literario con las interesantes biografías de los 8 artistas publicados en la misma.

Están puestas a la venta las ocho primeras colecciones y también un

Magnífico Album para 200 Postales: 2 Ptas.

En todas las papelerías y kioscos. Enviamos franco portes estas colecciones y Album remitiendo su importe en sellos de correo a Editorial Gráfica, Rambla Cataluña, 66 Barcelona

NO MÁS GRIETAS NI SABAÑONES

La Pasta Rosa Cura-Cutis suaviza la cara, conserva su frescura y combate con éxito seguro, los Sabañones, Grietas, Diviesos, Granos, Quemaduras y toda clase de



irritaciones de la piel, constituyendo una verdadera especialidad en las propias de los niños. De venta en las principales droguerías, perfumerías y mercaderías.

les droguerías, perfumerías y mercaderías.

EL PRIMER BESO

(Continuación de la página 17)

Estos son los asuntos. Los temas. Y es «un beso» el que lleva al cine camino del drama. Una gran actriz americana — May Irwing — acababa de lograr un gran éxito, en la escena, con una obra titulada «La viuda Jones». En este drama, ¡oh maravilla!, el primer actor, John C. Riese, besaba largamente a la dama, mientras ella pronunciaba enternecedoras palabras. El hecho —

nuevo en el ochocientos mojigato — causó sensación. Toda América habló del beso de May Irwing. Entonces los animadores del vitascopio tuvieron su primera gran idea camino del éxito, de la sensación, del idolismo de las La Marr y las Garbo, los Gilbert y los Valentino.

Adquirieron de miss Irwing el derecho a inmortalizar aquel momento teatral en la pantalla. Sólo aquel momento. Sin drama, sin asunto... El triunfo fué inmediato. «Los primeros proyectores — dice un anónimo historiador — estaban

hechos de modo que cualquier escena podía repetirse al momento, y los públicos concurrentes al teatro de variedades solían pedir aquel beso seis o siete veces.»

Toda América habló un día del beso de May Irwing. Hoy nadie lo recuerda. Como nadie conoce el leve y curioso antecedente. Pero en todo instante de pasión que invade la pantalla, como en toda emoción de la gente joven — ellos, ellas — que asisten a la proyección, aquel beso vibra todavía. Y vibrará... MARIA LUIS MONALES



NUESTRO VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

POR
Mary Pickford
Y
Douglas Fairbanks



(Conclusión)

La primera ópera japonesa escrita, compuesta y presentada por nativos se llama Kobuki-Za, pero sólo tuve tiempo de dar una ojeada al teatro, equipado a la moderna, antes de ir al Tokio Naitkan, el más grande restaurante moderno, frente al Palacio Imperial, donde antes de la comida se interpretó la Cherry Dance de Genroku, un delicioso baile de los tiempos del feudalismo. La belleza del escenario, los vestidos de los intérpretes, de vivos colores, y sus rítmicos movimientos adaptados a la tonada de la orquesta, compuesta de cantantes que interpretaban el shamison y el tambor, fué otro de los cuadros del viejo Japón de mis sueños y un vivo contraste con la moderna metrópoli de metros y taxis que acababa de dejar.

Tokio, con anchas calles, grandes edificios y pisos, no es el Japón que uno desea encontrar después de un viaje de muchas millas. Es, sí, un verdadero ejemplo del espíritu de progreso que hay en el Imperio, pero la mayoría de los visitantes, lo mismo que yo, se sienten más atraídos por el Pukka o verdadero Japón que puede admirarse en todos los rincones de Kioto y en mayor grado en Nara y Nikko. No obstante, como antes decía, para encontrar el verdadero Japón es más importante saber cómo debe verse que dónde debe buscarse. Ni Mary ni yo hubiéramos podido permanecer otra semana más en parte alguna del Imperio sin exponernos a perder la salud por completo, debido a las muchas atenciones con que se nos abrumaba. Únicamente por esto y con todo sentimiento dijimos «Sayonara» al Japón y empezamos nuestra larga travesía a través del Pacífico.

LAS ISLAS DEL HERIDO

por Mary Pickford

Una de las tradiciones de las islas Hawaii es la de que si el visitante echa un pañuelo en el agua y éstas lo llevan a la playa, su propietario volverá a las islas. Por esto, antes de que el vapor entrase en el

muelle, eché mi pañuelo al agua, pero aunque la perfumada brisa no lo llevó a la arena, volveré. De todos los puntos que Douglas y yo visitamos en nuestro viaje alrededor del mundo, Honolulu es el más bello.

«Pensar que para encontrar esto hemos viajado veintidós mil millas» exclamamos pocos minutos después de desembarcar. «¿Por qué no vinimos aquí antes?» Estoy segura que miles de viajeros americanos que ven Honolulu por primera vez exclaman lo mismo, y estoy igualmente cierta que deciden volver si les es humanamente posible, pues todo el mundo se enamora de Honolulu al verlo por primera vez. La única cosa sorprendente en este vistoso lugar es que no esté lleno de viajeros de todas las partes del mundo, pues puede ofrecer en el clima y paisaje más que cualquier otro lugar de invierno de los que he visitado. ¡Y es territorio americano, distante sólo cuatro días de California!

Llegamos a Honolulu dos días después de Navidad (dos días después de las dos Navidades para ser más exacta, pues nos encontramos con la inusual particularidad de tener dos Navidades en el mar. Como todo el mundo sabe, se gana todo un día al cruzar el 180 meridiano en viaje hacia el Este, ganándose una hora por cada quince grados que se adelantan hacia el Este; el tiempo, natu-

ralmente, se cuenta desde Greenwich. Se escogió el meridiano 180 como la línea de medida internacional porque no pasa por ningún país deshabitado.

Para «corregir» la diferencia de tiempo se añaden veinticuatro horas cuando se cruza este punto, viniendo del Este, y se resta el mismo número de horas cuando se llega del Oeste. Así, todo el que cruza el Pacífico pierde o gana un día. Pero es muy raro para un transatlántico cruzar el meridiano 180 el 25 de diciembre, dando a los viajeros de a bordo dos Navidades en una semana.

Fué aquella una extraña Navidad; todos los que formábamos parte de nuestra pequeña partida nos sentamos en uno de los comedores privados a bordo del Asama Maru. Había un árbol de Navidad que Edmund Benson, con excelente previsión, había traído a bordo desde Yokohama. También el menú fué geminamente de Navidad, con pato asado y pastel de calabaza. Pero fué una Navidad sin regalos. Había esperado poder comprar algo en Tokio, pero, como tantos otros, lo dejé para última hora, no pudiendo visitar los almacenes por tener que embarcar en Yokohama por la mañana, temprano. Nunca había pasado una Navidad sin dar y recibir regalos. Y aunque ese año celebré dos días de Navidad, fué sin ninguna de las manifestaciones exteriores de lo que siempre ha sido uno de los más felices acontecimientos del año.

San Francisco. — Unión Square.



No obstante, todos tuvimos el verdadero espíritu de Navidad, aunque no se mostrase con manifestaciones exteriores. También a bordo hubo un festival. Nos pusimos gorros de papel, leímos cables de broma que habíamos redactado para esta ocasión y Douglas hizo un discurso intentando explicar la razón de la doble Navidad, con numerosas interrupciones de Albert Parker y mi hermano Jack. Entre la insistencia de Alberto para saber la hora exacta de Londres en aquel momento y el interés que Jack tenía en saber qué clase de tiempo tenían sus amigos en Hollywood, Douglas se vió obligado a emplear todos sus recursos científicos

Antes de terminar la velada convidamos que era absurdo sujetar las acciones de uno a una mera cuestión de tiempo y así es que después de un corto paseo por cubierta nos fuimos a la cama.

Celebramos nuestro segundo día de Navidad con chopstick. En la cubierta del barco se celebró una partida de sukivaki, en esteras al verdadero estilo japonés, mientras el mayordomo preparaba el plato nacional de su país. Cuando los pedazos de buey, bambú, col, cebolla y setas estuvieron suficientemente cocidos, los comimos con palillos, a la manera oriental. Una comida sukivaki en cubierta es uno de los acontecimientos corrientes en los trasatlánticos japoneses, y si uno puede comprender la esencia de la ceremonia es muy divertido. Debo confesar que, exceptuando el arroz, la mayoría de los platos japoneses tienen muy buen gusto. Douglas se preparó el mismo el sukivaki varias veces en nuestro largo viaje a través del Pacífico, y manejaba los palillos como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

El día que el Asama Maru llegó a Honolulu era uno de aquellos días que uno se imagina en las islas tropicales. El mar y el cielo eran de un azul puro, bajo la brillante luz del sol, y soplaban una fresca brisa que agitaba suavemente las banderas que adornaban el puerto. Para nosotros era emocionante ver la bandera americana flotar sobre un país tan atractivo. Un comité compuesto por lord P. Thurston, ex campeón de la Universidad de Yale, «Dad Center», y el Duke Kahanamoku, el famoso nadador, vinieron a bordo para darnos la bienvenida. Cuando desembarcamos nos condujeron en sus autos por un breve paseo por la capital, antes de irnos a la playa de Waikiki.

Cada vez se mejoraba la excelente impresión que nos hizo Honolulu. Vimos la isla de Oahu desde el Paki, un precipicio a pocas millas de la ciudad, y volvimos por el camino de Tantalus, una magnífica montaña donde está instalado el Royal Hawaiian Hotel. La playa era nuestra Meca, y al llegar, sin tomar tan siquiera algún refrigerio, nos pusimos los trajes de baño y nos zambullimos con gran placer.

Mister Thurston, que es el presidente del Outrigger Canoe Club en la famosa playa de coral, tenía dos grandes canoas preparadas para nosotros. Douglas y Jack subieron a una de ellas con «Dad Center», mientras yo tomé asiento en la otra, con Albert Parker y Duke Kahanamoku.

Estas canoas, tipo outrigger, estaban equipadas con motores, y poco después estábamos a una milla y media de la playa, esperando nos cogiese una de las grandes olas que rompen en los bancos de coral conduciéndonos a la cima de los mismos. Sólo tuvimos que esperar un momento. Cuando nuestro timonel vió que la ola venía, hizo que cogiese a la canoa y, montando sobre su cresta, fuimos a la playa a la velocidad de un tren expreso. Es un deporte maravilloso. Sólo es posible practicarlo en Waikiki Beach, pues los arrecifes a milla y media de la playa rompen las olas de tal manera que sólo llega allí la cresta de las mismas.

El mar estaba bastante en calma el día de nuestra visita, pero nos proporcionó multitud de emociones. Después que Douglas y yo lo hubimos practicado tres o cuatro veces, quisimos intentarlo conduciendo piraguas. No sólo debe uno guardar el equilibrio en el estrecho ta-

blón mientras éste sube a la cima de la ola, sino que poder mantenerse derecho requiere una habilidad acrobática. Cuando es una ola muy alta, sólo un gran experto en este deporte puede lograrlo. Mortuamente las olas no eran muy altas, y con Duke Kahanamoku como instructor empecé mi aprendizaje de este apasionante deporte. Con su ayuda procuré ponerme de pie en la pequeña embarcación, y estaba tan orgullosa de poder guardar el equilibrio ya en la cresta de la ola, que llamé a Douglas, que conducía su canoa vigilándome, pero mi triunfo fué de corta duración. No había concluido la frase cuando perdí el equilibrio y me caí al mar, y si no hubiera sido por Duke Kahanamoku, alguien hubiera tenido que venir a salvarme. Un segundo y un tercer intento dieron los mismos resultados, pero al final pude ir sosteniéndome más tiempo hasta que pude llegar a la orilla sin haberme mojado. Cuando vi las veces que Douglas también perdía pie encontré que aun la aventura me había salido barata.

Si no se ha visto Waikiki Beach desde la cresta de una ola no puede apreciarse completamente su mágica belleza. No es una gran playa, pero la suave ondulación de las palmeras que la adornan y las grandes colinas que se ven más a lo lejos le dan un aspecto de inusitada belleza.

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Fox Studios, 1401 No. Western Avenue, Hollywood, Calif.

Frank Albertson	Lola Lane
Robert Ames	Dixie Lee
Mary Astor	Ivan Linow
Ben Bard	Edmund Lowe
Warner Baxter	Sharon Lynn
Rex Bell	Farrell MacDonald
El Brendel	Monn Marls
Warren Burke	Kenneth McKenna
Sue Carol	Victor McLaglen
Helen Chandler	José Mojica
Marguerite Churchill	Lois Moran
Mae Clark	Charles Morton
Sammy Cohen	Paul Muni
William Collier, Sr.	J. Harold Murray
Joyce Compton	Harry Norton
Fifi Dorsay	George O'Brien
Louise Dresser	Paul Page
Nancy Drexel	Tom Patricola
Charles Eaton	Sally Phipps
Stuart Erwin	David Rollins
Charles Farrell	Arthur Stone
Stepin Fetchit	Nick Stuart
John Garrick	Norma Terris
Janet Gaynor	Don Terry
William Harrigan	Marjorie White
Richard Keene	

En el próximo número publicaremos las bases y premios del

BAILE DE DISFRACES
organizado por la Peña

Los nietos del Zorro
y patrocinado por

FILMS SELECTOS
que se celebrará en el
salón de té del Hotel Oriente de Barcelona el día 15 del próximo febrero.

En ninguna parte encontraréis el agua más clara ni la temperatura más agradable. Desde el bosquecillo de palmeras de coco, a lo largo de la playa, oíréis fragmentos de canciones hawaianas. Algunas de estas melodías son muy sentimentales. En Honolulu la tonada de las mismas es mucho más baja de lo que estamos acostumbrados a oír y es sorprendente ver lo bien que resulta. Hasta los akeles tienen un nuevo encanto en esta tierra privilegiada.

Si hay un hotel mejor emplazado que el Royal Hawaiian lo ignoro. No encontramos nada que pudiera compararse en nuestro último viaje. Sus jardines, a los que dan sombra grandes cocoteros, son algo maravilloso. Hay grandes helechos y parras, con brillantes flores como las descritas por los exploradores de las selvas, y prados de un verde brillante.

Mientras nos vestíamos para la comida, un grupo de muchachas que llevaban faldas largas rodearon el hotel cantando con sus melodías nativas canciones de amor e himnos misioneros, y se pararon bajo los balcones de nuestras habitaciones para darnos una serenata. Cuando salimos al balcón para devolverles su saludo había ya salido la luna en el Diamond Head, el promontorio rocoso de la bahía de Waikiki. Con las luces del hotel brillando a través de las altas palmeras, el murmullo del mar y las melodiosas voces de las cantantes, la escena era de una belleza indescriptible.

Después de la comida, un grupo de bailarinas samoanas dió una función en el jardín del hotel, bailes que eran más novedad que la Hula Hawaiana con la que todos estamos familiarizados. Las danzas típicas de los guerreros, con sus tatuajes y sus varios rituales, efectuados bajo la luz de la luna, eran sencillamente emocionantes.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, jugamos al golf en el Waialae Golf Club, pues Douglas quería dedicarse a su deporte favorito antes de embarcar de nuevo en el Asama Maru, que salía a medio día para San Francisco. Habíamos esperado poder zambullirnos de nuevo en el océano, pero había allí tanta gente que desistimos de ello.

No hay ningún lugar en el mundo en que los viajeros, al partir, estén abrumados por tantas atenciones como en Honolulu: se les obsequia con ramilletes de perfumadas flores y, cuando el buque deja el muelle, un coro de magníficas voces canta el «Aloha», acompañado de las Bandas Reales Hawaianas. Las quejumbrosas melodías, cantadas como sólo saben hacerlo las mujeres hawaianas, son capaces de emocionar a cualquiera. Por mi parte estaba visiblemente afectada.

El confeti que acostumbra tirar me pareció trivial y desplazado con aquella canción, cuyo significado es tan bello. Douglas y yo permanecemos en la barandilla escuchándolas hasta que no pudimos oír las. Pocas horas después de haber salido de Honolulu, el Asama Maru encontró un fuerte temporal que creció en violencia durante la noche. Durante dos días y dos noches el temporal sacudía el trasatlántico como si fuera un tapón de corcho; pero en nada modificó nuestra buena impresión de esta Isla-Jardín del Pacífico. Como Douglas sugirió, cuando empecemos nuestro nuevo viaje alrededor del mundo saldremos de San Francisco y haremos nuestra primera parada en Honolulu, y así podremos permanecer allí. Por mi parte así lo espero.

suelo — contestó con la mayor fruición.

Su señor pareció sorprenderse al oír estas palabras, y luego se echó a reír, exclamando:

— Estoy dispuesto a darle la razón, mas no me siento con fuerzas para juzgar por mí mismo, porque no pienso leerlos. ¿Es esta su respuesta?

— Hay más, señor Miles — añadió la anciana — Aquí está el resto —

Y dejó sobre la mesa los billetes, por valor de diez mil dólares, que Sheridan metió en el sobre dirigido a la señorita Divina — Esa señora los devuelve. En realidad, los arrojó al suelo junto con los libros franceses y añadió que no quería para nada el dinero del señor.

— ¡Demonio! — exclamó Sheridan mirando, sorprendido, los billetes —. ¿Acaso ha dicho que quería más o algo por el estilo?

— No ha dicho nada más, señor. Después de arrojar al suelo los libros y el dinero, a su vez se arrojó sobre la cama, echándose a llorar.

— Tal vez no le guste su camarote — murmuró Sheridan —. O estará aburrida porque no tiene a nadie con quien bailar. Sin embargo, debería haber comprendido el objeto de su estancia a bordo. En fin, es demasiado tarde para que se emberrenchine. Ya estamos navegando y lejos de tierra. De todos modos, tendré que volverle a escribir o decidirme a verla. Estas cosas me molestan mucho.

Aquella noche hubo luna llena. Después de cenar sola y de estar a punto de negarse a comer, aunque después se arrepintió por parecerle que podrían considerarlo un capricho infantil, Teresa creyó conveniente ir a pasear por la cubierta. No podía resignarse a permanecer siempre en su camarote y esperó que tal vez estuviesen cerradas las cortinas del señor Sheridan.

CAPÍTULO XVIII



LA tan brillante la luz de la luna, que parecía disolver las estrellas a su alrededor. Y las altas olas formaban por entre sus plateadas colinas profundos valles envueltos en negras sombras. Teresa, cimbreándose como caña combatida por el viento, a causa del movimiento del buque, atravesó con rapidez la zona peligrosa de las alumbradas ventanas y se dirigió hacia proa. Entonces fué cuando, de pronto, se vió frente a frente de Sheridan. Este se había apoyado sobre la borda fumando un cigarrillo y miraba con atención las nubes de espuma que levantaba el tajamar. El golpe de los tacones de la joven le volvió a la realidad, de la que entonces estaba muy lejos. Se enderezó, vió a Teresa, comprendió que era demasiado tarde para huir de un modo digno y se quedó inmó-

vil. Ella le vió al mismo tiempo y se detuvo a su vez. Por gusto habría dado media vuelta, apartándose de aquel lugar, mas la luna alumbraba el rostro de Sheridan, que parecía de marfil a causa de su inmovilidad. El de ella estaba en la sombra, mas parecía mirar a los ojos de él y ambos se contemplaron un momento.

Con mucha frecuencia ella trató de imaginarse a su encantado Príncipe Bondadoso. ¿Sería el mismo de siempre o habría envejecido? ¡Oh, deseaba que no hubiese engordado!

Pero no ocurrió tan desagradable cosa. Lejos de eso, era esbelto y delgado, tal vez más aun que siete años antes. Alto, aunque no mucho más que ella. La luz lunar acentuaba la línea de sus cejas negras y rectas y oscurecía los ojos que ella recordaba perfectamente. Quizás el rostro, en otro tiempo tan moreno como el de

darles cuenta de aquel viaje. Las primeras, lo condenarían con toda seguridad y, por otra parte, su papel, en aquel asunto, debía ser secreto. Únicamente lo conocían su padre, Julia y Emmeline. Al primero no quería escribirle; en cuanto a Julia, le prohibió dirigirle cartas durante el viaje, porque no era posible adivinar lo que podía ocurrir. Tal vez Manuel abriese la carta. En cuanto a Emmeline, había sido muy bondadosa, pero se trataba de una criada. Además, Teresa no estaba segura de si le era o no simpática aquella mujer, que algunas veces dijo cosas muy raras que, aunque no las comprendió del todo, pudo adivinar eran desagradables.

En el camarote tenía todas aquellas novelas francesas para entretenerse leyendo. Estaba demasiado inquieta para distraerse así, si bien se dijo que aquellos libros servirían, por lo menos, para practicar y tal vez mejorar su conocimiento de la lengua francesa. Por esta razón se sentó en el sofá que había debajo de la ventana y empezó a leer una novela que sin duda sería interesante, pues se refería a la vida que se llevaba a bordo de un yate. Empezó la lectura, y aunque al principio le gustó, le extrañó luego, y por fin, sin acabar de entenderla claramente, se sintió asqueada y la dejó.

— Es un libro indecente — dijo en voz alta.

Y al mismo tiempo comprendió que si las cosas marchaban como aquel día, no tendría más remedio que hablar en voz alta consigo misma. Permaneció sentada un momento pensando en aquel libro, que le pareció muy desagradable, y se preguntó quién lo habría puesto en su camarote. ¿Se figuraron que le gustaría? Sin duda alguna el señor Sheridan no fué quien lo mandó. Mas si no era él, ¿quién pudo haber sido? Con toda probabilidad aquella mujer antipática que tantas muestras daba de odiarla.

Teresa se levantó, tomó del estante otra novela francesa, la examinó por encima y vió otras cosas también muy

extrañas; hombres y mujeres desagradables quienes, al parecer, oprimaban que lo primero que debe hacerse después de casarse es amar a otra persona que no sea el marido o la esposa.

Había seis o siete volúmenes semejantes, y al examinarlos ligeramente, le pareció que cada uno de ellos era peor que el anterior. Los arrojó al suelo en un montón y tan sólo dejó en el estante libros de poesía y de viaje.

— ¡Si fuesen míos los tiraría al mar! — exclamó, hablando otra vez en voz alta.

Y se sobresaltó al oír que llamaban a la puerta, como si ello fuese en respuesta a sus palabras.

La abrió y vió a la señora Harkness respetuosa, como siempre, respetable y al mismo tiempo reservada.

— Para usted, señorita, de parte del señor Sheridan — dijo sosteniendo una bandeja de plata en la que había un sobre blanco.

Teresa tomó la carta dando las gracias, y la señora Harkness se dispuso a alejarse sin pronunciar otra palabra, mas la primera la detuvo diciendo:

— Tenga la bondad de esperar, porque tal vez haya respuesta.

— Creo que el señor no la espera inmediatamente, pero quizás estoy equivocada. Sin embargo, aguardaré puesto que lo desea usted, señorita.

Y aquella mujer respetable se detuvo en el umbral.

La carta vino a distraer el aburrimiento mortal de Teresa. El sobre estaba dirigido a la señorita Julieta Divina. En una esquina vió impresa una banderita y el nombre del yate. Al parecer, contenía una carta muy gruesa, como si Miles Sheridan hubiese escrito un gran número de hojas de papel.

Era la primera carta de él, tal vez la única que le escribiría en su vida. Y lamentando tener que romper el sobre, tomó un cortapapeles del escritorio y abrió el sobre por la parte superior. Sacó entonces una hoja doblada que contenía algo grueso y compacto. Entonces observó que aquel paquete era de billetes de banco.

Con las mejillas encendidas, Teresa leyó las pocas líneas escritas con el mismo carácter de letra, claro y pequeño, que ya conocía por el sobre escrito:

«Señora:

«Tengo el gusto de adjuntarle la suma de diez mil dólares pagaderos a usted, según convenio verbal, el mismo día de su llegada a bordo del «Silverwood» e inmediatamente después de zarpas el yate. En virtud del convenio antes indicado, recibirá usted otra cantidad igual en billetes de banco al terminar el crucero. Le agradeceré un recibo, que puede mandarme a su comodidad.

«De usted s. n.

MILES SHERIDAN.»

Teresa se sintió invadida por una oleada de rabia. Era una verdadera hija de su padre. Ya dijo que no quería ningún dinero, y comprendió que había sido traicionada por Julia e insultada por Miles Sheridan.

En pie ante el escritorio estaba casi de espaldas a la señora Harkness. De pronto se volvió hacia ésta con los ojos sombríos y las mejillas encendidas por la cólera. «Un verdadero demonio», según se dijo la ex niñera de Sheridan. Y sin molestarse en contar los billetes, Teresa los arrojó al suelo junto a las novelas francesas.

— Esta es mi respuesta — exclamó —. Diga al señor Sheridan que no quiero su dinero. Devuélvaselo y bévele también esos libros. Son asquerosos.

Su rabia se convirtió en dolor y, sollozando, aquel «demonio» se arrojó sobre la cama. No se oyó nada más, si bien la asombrada señora Harkness vio que los infantiles hombros de la muchacha y la cabeza cubierta de cabellos rubios se hundían entre los almohadones.

Pocas veces la irlandesa sintió tanto asombro. Aquella desvergonzada se negaba a cobrar el precio de su indigno contrato, o, mejor dicho, de la indignidad que habría ocurrido si el señor Miles fuese un hombre tan bajo como lo creería el mundo.

Y por si esto fuera poco, aun calificaba de asquerosos aquellos libros que el señor Phillips compró expresamente para ella. Era de creer que éste conocía los gustos de aquella moznuela.

La señora Harkness se quedó indecisa, sin saber qué hacer. Su alma límpida le impedía dejar aquel dinero desparramado por el suelo, eso sin hablar de los libros. Y se dijo que, de limitarse a volver la espalda y cerrar la puerta de un modo muy digno, tal vez aquella mona sería capaz de quemar los billetes, impulsada por el despecho.

Este temor la decidió. Se inclinó al suelo, recogió los billetes de banco (que eran diez, de mil dólares cada uno), se los metió en el bolsillo de su traje y luego procedió a recoger las ocho novelas francesas.

Mientras lo hacía, la señora Harkness recordó la llegada de aquellos libros. Su querido amo llegó a bordo y le comunicó que durante el viaje por el Mediterráneo le acompañaría una mujer joven, la señorita Julieta Divina, y que ella, «ella», su antigua niñera, tendría que servirla. Una vez, la señora Harkness vio un retrato en un periódico (no en ningún suplemento del domingo, porque no estaba conforme en que se publicara cosa alguna en tal día festivo) representando a aquella Julieta Divina con un traje de malla y muy poca cosa más, como *vedette* de una revista. Recordaba muy bien el nombre, porque le pareció sacrilego que una bailarina se atreviese a llamarse «Divina».

— ¡Oh, señor! ¿Una actriz, y sola con usted en el yate? — dijo protestando, porque las antiguas niñeras tienen, o se figuran tener, el derecho de protestar.

Entonces el señor Miles se echó a reír, aunque sin ninguna alegría, y replicó:

— No es actriz que deba darte cuidado, Harkness. No es más que una corista o una figurante; una muchacha que se exhibe en la escena a fin de que la gente no olvide que existe y que sabe cómo se llevan las joyas. Para eso, precisamente, vendrá

a bordo, es decir, a exhibirse. Y estás ya bastante enterada de mis asuntos, Harkness, para adivinar el resto sin que yo me moleste en explicártelo.

En efecto, como la buena mujer estaba enterada, pudo comprender lo demás. Odiaba a Isabel Sheridan y con gusto le habría retorcido el pescuezo. Y cuando su amo le dijo que, de considerarse ella demasiado virtuosa para servir a la señorita Divina, llevaría a bordo a una doncella desconocida, Harkness consintió en hacer todo lo necesario con cortesía y respeto ostensibles. Luego su amo la consoló al ver que la pobre mujer se echaba a llorar, compadeciéndola a su querido niño. Le aseguró que no tenía el más pequeño interés personal con respecto a la señorita Divina y que se proponía no tratar para nada a la joven, más que al llegar a tierra, en donde habría de representarse una comedia.

Después de esta escena llegó al «Silverwood» la visita del señor Phillips, a quien la señora Harkness tenía cierta antipatía como hombre de mundo, bastante cínico, que ejercía una influencia desagradable en Miles. Fué a husmear por el buque, indicó el camarote apropiado para la señorita Divina y llevó algunos libros que, según dijo, le gustarían con toda seguridad. Eran apropiados para ella y los compró especialmente con objeto de ponerlos en su camarote, a fin de que, entretenida en leerlos, no se ocupara en otras cosas que pudiesen tener desagradables consecuencias en el futuro.

Entonces, si no lo hizo antes, Harkness comprendió del todo, y con mucha amargura, la clase de mujer que tendría que soportar. Una figurante que se hacía llamar «Divina» y que llevaba trajes de malla en las playas y en los teatros; había de ser, por fuerza, una mujer mala y a la que sólo sería posible contener dándole a leer numerosas novelas francesas. Este era, también, un detalle muy significativo, pues aunque la señora Harkness no conocía una palabra de francés, no había vivido en vano sesenta años. A ella le constaba que todos

los franceses, por lo menos antes de la guerra, y todos los libros franceses, también, carecían en absoluto de moralidad.

Sin embargo, aquella muchacha había arrojado los libros al suelo, rechazándolos, y luego se negó a aceptar lo que, con la mayor decencia posible, se podía llamar su sueldo.

A la señora Harkness le habría gustado decir algo, pero no supo qué. Bajo su severidad exterior tenía un corazón maternal. Sentía simpatía y hasta amor por los seres jóvenes desamparados, y al verlos afligidos, nunca tenía fuerzas para resistirse a ellos. Aquella muchacha era mala, muy mala. Una desvergonzada. Sí, esta era la palabra que merecía, pero aquellos hombros infantiles se estremecían a causa de los sollozos, y al pensar en la soledad de la pobrecilla, que no tenía ningún amigo a bordo, el corazón de la pobre mujer se llenó de compasión.

Se apresuró a salir cuanto antes para no dejarse abandonar por la debilidad ni dirigir alguna palabra de simpatía a aquella muchacha indigna, y descosa de transmitir lo sucedido, se encantó hacia las habitaciones de su amo, situadas al nivel de la cubierta.

— Me indicó usted, señor Miles, que no había respuesta ninguna al recado que me encargó — dijo la anciana después de llamar a la puerta —. Pero esa señora joven, que desea ser llamada «señorita», me hizo esperar y por fin me dió la respuesta.

— Ah, muy bien — replicó Sheridan con indiferencia —. Déjala en la mesa, Harkness.

Y apenas levantó los ojos, porque estaba ocupado en leer un formidable montón de cartas y telegramas recibidos antes de zarpas el «Silverwood». Pero al ver que la señora Harkness empezaba a poner las novelas francesas sobre la mesa, eso le llamó la atención.

— ¡Caramba! ¿Qué estás poniendo aquí? — preguntó.

— Aquella señora dijo que estos libros eran asquerosos y los arrojó al



GARY COOPER

Cartes postales

Comissió per aquil



MARY BRIAND